

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

(Ntra. Sra. de los Ángeles)

Nos sentimos felices, junto a la imagen bendita de Ntra. Sra. de los Ángeles, al celebrar su fiesta, dentro de esta gran solemnidad litúrgica de Pentecostés. Realmente el hecho mismo de la fiesta, el tener unos días especiales de fiesta, es algo que tiene ya en sí mismo un profundo significado humano. La fiesta rompe, de alguna manera, la rutina de nuestras actividades ordinarias y nos invita a una mayor y mejor convivencia entre nosotros, fomenta la creatividad, fortalece la identidad de cada pueblo y hace que sus tradiciones y costumbres se vayan transmitiendo de generación en generación. Las fiestas son parte esencial de nuestra cultura y van configurando el carácter propio de los que convivimos en un mismo lugar.

En el caso de las fiestas de Getafe nadie puede negar el carácter central que en ellas ocupa la devoción a Ntra. Sra. de los Ángeles. La presencia de su bendita imagen entre nosotros, rodeada de fervor y entusiasmo popular, nos recuerda las raíces cristianas de nuestro pueblo. El modo de ser de nuestro pueblo, sus valores, sus sentimientos más hondos, su sentido de la vida, su amor a la familia, su respeto a los mayores, su manera de concebir el trabajo y la amistad; en una palabra, todos los aspectos más esenciales que configuran el ser de nuestro pueblo no podrían entenderse sin estas raíces y sin esta historia cristiana. Constituyen un patrimonio espiritual que tenemos que guardar con esmero y que, en ningún caso, podemos alegremente dilapidar. Dilapidar frívolamente esta herencia espiritual traería consecuencias muy graves para nuestra convivencia, como, por desgracia, ya estamos empezando a ver. La Virgen María aclamada y querida multitudinariamente, como estamos contemplando estos días, nos recuerda lo que somos y de dónde venimos y lo que estamos llamados a ser.

Veneramos y festejamos a la Virgen María en un día que tiene un significado muy importante en la liturgia cristiana. Hoy la liturgia celebra la solemnidad de Pentecostés, la fiesta del Espíritu Santo. Podemos decir que la solemnidad de Pentecostés es la cima del año litúrgico. Todo el año litúrgico está orientado hacia este día. La conclusión de la Encarnación y de la Redención es el don del Espíritu Santo, que nos une definitivamente al Misterio de la Pascua del Señor para hacernos criaturas nuevas.

El significado y los efectos que el Espíritu Santo produce en nosotros quedan claramente expresados en los textos de la Sagrada Escritura que acaban de ser proclamados.

El evangelio muestra que Pentecostés está estrechamente unido a la Encarnación y a la Redención. Pentecostés es fruto del Calvario y de la Resurrección: Jesús murió en la cruz para comunicarnos el Espíritu Santo y resucitó para comunicarnos el Espíritu Santo. El evangelista cuenta que Jesús acude al lugar donde se encuentran los discípulos. Y nos dice que es un lugar cerrado porque los discípulos tienen miedo a los judíos. Sin embargo, Jesús resucitado, su vida, su luz y su esperanza, no conocen obstáculos, entra en todos los lugares, por muy estrechos, oscuros o cerrados que parezcan. Jesús puede entrar también en nuestras vidas, por muy alejadas de Él que estén, para llenarlas de su presencia y para devolverles la esperanza.

Y, dice el evangelio que Jesús se colocó en medio de ellos y les dijo: “paz a vosotros”. Y les mostró las manos y el costado. El primer efecto de la presencia de Jesús es la paz. Pero la paz de Jesús es una paz obtenida gracias a su victoria sobre el mal, sobre el pecado y sobre la muerte. Por eso Jesús les muestra las llagas de las manos y del costado. Y se las muestra para que los discípulos vean el vínculo que existe entre esas llagas y los dones que van a recibir.

Y a continuación, dice el evangelio, Jesús exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo. Del Cuerpo Resucitado de Cristo brota como aliento de vida el Espíritu Santo. Es como una nueva creación. Se vuelve a repetir lo que nos cuenta el libro del Génesis, cuando Dios después de modelar al hombre con el polvo de la tierra, sopló sobre él para llenarlo de vida. Así, del Cuerpo de Jesús Resucitado brota, como de un manantial, el Espíritu Santo. Brota el Espíritu que purifica y santifica, el Espíritu que da impulso e infunde paz, alegría y amor.

En este día de fiesta hemos de mirar a María, para que Ella nos enseñe a se dóciles al Espíritu. Debemos desear ardientemente ser renovados en nuestro interior, a fin de estar siempre animados por el amor divino y disponer en nosotros de ese fuerte impulso hacia una vida verdaderamente digna de Dios. Hoy día, en que somos testigos en tantas ocasiones de cómo se deteriora, se maltrata y hasta se aniquila la vida humana, incluso en sus fases de mayor debilidad, como es en su concepción y en su muerte, hemos de dejarnos llenar, como María, del Espíritu, que es Señor y dador de vida, para decirle, con las palabras de la secuencia que hemos leído. “riega la tierra en sequía, sana el corazón

enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito y guía al que tuerce el sendero”.

Jesús les dice también a los discípulos que el Espíritu Santo es un Espíritu que purifica, que reconcilia y que perdona. Y no sólo perdona sino que da también la capacidad de perdonar: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedarán perdonados y a quienes se los retengáis les quedarán retenidos”. Jesús da a los apóstoles la capacidad de perdonar los pecados de una manera eficaz, convirtiendo así a la Iglesia en el lugar del perdón y de la misericordia. La Iglesia es la comunidad de la reconciliación y del perdón. Tenemos que sentir, en este momento, junto a nuestra Madre María, la mirada de un Dios que cura nuestras heridas, las heridas del alma; sana nuestras enfermedades, las enfermedades del espíritu, que son las que más nos hace sufrir, y nos envía al mundo, tantas veces dividido por enemistades y discordias, para ser fuente permanente de paz, de diálogo entre los hermanos, de acogida a los pecadores, de estímulo y fortaleza a los débiles, de luz para los que viven en tinieblas y de esperanza y perdón para todos. Hemos de sentir, con gratitud la mirada de un Dios que, como hizo con los apóstoles, al regalarles el don del Espíritu, nos envía al mundo para llevar a todos vida, perdón y esperanza.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles se nos muestran otros aspectos del don del Espíritu Santo. En el texto que hemos escuchado aparece el Espíritu Santo bajo la imagen del “viento recio”. Se habla de un viento que provoca un fuerte ruido. El Espíritu es como una especie de tempestad. El Espíritu de Dios es fuerza impetuosa, es dinamismo, es creatividad, es energía que pone en movimiento el ser del hombre sacando de él toda su riqueza y su fuerza interior. El Espíritu saca al hombre de la inmovilidad, de la pasividad, del pesimismo, de la tristeza y de la inactividad, haciendo de él un ser capaz de crear y de dar vida.

También aparece el Espíritu en forma de lenguas de fuego. Aquí podemos hablar de un doble símbolo: el de las lenguas y el del fuego. Las lenguas manifiestan que el Espíritu da la capacidad de comunicar la Palabra de Dios. Es el espíritu que mueve a los misioneros y a los testigos de la fe, poniendo en sus labios la Palabra del Señor. Tenemos que acoger y recibir también hoy, nosotros, al Espíritu Santo para que nos haga testigos valientes de Cristo en medio de los hombres. No podemos ser cristianos mudos, incapaces de proclamar nuestra fe. Tenemos que dejarnos guiar por el Espíritu, como María y los apóstoles en Pentecostés, para decir a todos los hombres que en Dios está nuestra fuerza y nuestra esperanza y sólo en Él, la vida del hombre encuentra su verdadero sentido.

El segundo símbolo es el del fuego. El lenguaje de la fe es un lenguaje que comunica calor. Nunca nos deja fríos e indiferentes. Es un lenguaje que inflama el corazón para hacerle capaz de transformar el mundo. Cuando el Espíritu llena el corazón del hombre, le hace capaz de “mover montañas”, superando obstáculos aparentemente insalvables y convirtiéndole en fuente y camino de transformación social, de renovación de las costumbres y de revitalización de la sociedad, promoviendo todo aquello que dignifica al ser humano y le hace vivir en paz consigo mismo y con los que conviven con él.

Todo el relato de Pentecostés tiene una relación evidente con el relato de la Torre de Babel. En el episodio de Babel los hombres, que antes hablaban una sola lengua, ya no son capaces de entenderse por su pecado de soberbia y empiezan a hablar lenguas distintas. Se hacen incapaces de entenderse, se dispersan, y no pueden concluir la obra que habían empezado. El día de Pentecostés, por el contrario, personas procedentes de los más diversos lugares del mundo, entran en relación entre sí gracias a la acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo restablece la unidad entre los hombres. El Espíritu Santo es un Espíritu de Amor, un Espíritu que hace vivir en armonía, sin destruir las diferencias, un Espíritu de comunión y de respeto al plan de Dios sobre la humanidad que, en sus aspectos más esenciales, lo que llamamos la ley natural, está inscrito en el corazón de todos los hombres de buena voluntad.

Hemos de sentirnos hoy, aquí, como en un gran Cenáculo, con nuestra Madre María y con los apóstoles, acogiendo cada uno en su intimidad al Espíritu divino. Que Él abra nuestra inteligencia para conocer la verdad, inflame nuestro corazón para crecer en el amor y nos congregue en la unidad para que, siendo ante el mundo como una gran familia que se ama, lleguemos a ser capaces, con la intercesión de María, Ntra. Sra. de los Ángeles, de ofrecer al mundo caminos de concordia y de paz para todos.

Tenemos muy presente en esta Eucaristía al pueblo de Birmania. Rezamos por las víctimas de esta terrible tragedia y pedimos a Dios que mueva los corazones de todos los hombres, de las organizaciones humanitarias y de los gobiernos para que acudan con su ayuda a socorrer a los innumerables afectados por este drama. Y que las autoridades de este país, la dictadura comunista que lo gobierna, abran las puertas a la ayuda internacional y den facilidades para atender a todas las víctimas.

Encomendamos a todos a la Virgen María. Que Ella sea para todos nosotros y para el mundo entero nuestro auxilio y nuestro consuelo. Amen